

Bernice Bobs Her Hair

by

F. Scott Fitzgerald

5

Berenice se corta el pelo

de

F. Scott Fitzgerald

tr. de Justo Navarro
Alfaguara, Madrid, 1998

10

[49]

I

After dark on Saturday night one could stand 15
on the first tee of the golf-coupe and see the country-
club windows as a yellow expanse over a very black
and wavy ocean. The waves of this ocean, so to speak,
were the heads of many curious eddies, a few of the
more ingenious chauffeurs, the golf professional's 20
deaf sister—and there were usually several stray,
diffident waves who might have rolled inside had
they so desired. This was the gallery.

The balcony was inside. It consisted of the 25
circle of wicker chairs that lined the wall of the
combination clubroom and ballroom. At these
Saturday-night dances it was largely feminine; a great
babel of middle-aged ladies with sharp eyes and icy
hearts behind lorgnettes and large bosoms. The main 30
function of the balcony was critical, it occasionally
showed grudging admiration, but never approval, for
it is well known among ladies over thirty-five that
when the younger set dance in the summer-time it is
with the very worst intentions in the world, and if 35
they are not bombarded with stony eyes stray couples
will dance weird barbaric interludes in the corners,
and the more popular, more dangerous, girls will
sometimes be kissed in the parked limousines of
unsuspecting dowagers. 40

But, after all, this critical circle is not close
enough to the stage to see the actors' faces and catch
the subtler byplay. It can only frown and lean, ask
questions and make satisfactory deductions from its 45
set of postulates, such as the one which states that
every young man with a large income leads the life
of a hunted partridge. It never really appreciates the
drama of the shifting, semi-cruel world of
adolescence. No; boxes, orchestra-circle, principals, 50
and chorus be represented by the medley of faces and
voices that sway to the plaintive African rhythm of
Dyer's dance orchestra.

From sixteen-year-old Otis Ormonde, who has 55
two more years at Hill School, to G. Reece Stoddard,
over whose bureau at home hangs a Harvard law
diploma; from little Madeleine Hogue, whose hair

Los sábados, cuando se hacía de noche, desde el pri-
mer *tee* del campo de golf veías las ventanas del club de
campo como una línea amarilla sobre un océano negrísimo
y ondulante. Las olas de ese océano, por así decirlo,
eran las cabezas de una multitud de caddies curiosos, de
algunos de los chóferes más ingeniosos y de la hermana
sorda del instructor del campo de golf. Y solía haber al-
gunas olas despistadas y tímidas, que, si hubieran queri-
do, hubieran podido entrar en el club. Eran la galería.

Los palcos estaban dentro. Eran la fila de sillas de mim-
bre que se alineaban a lo largo de la pared de la sala de re-
uniones y el salón de baile. En aquellos bailes de las noches
del sábado predominaba el público femenino; un inmenso
babel de señoras maduras con ojos impúdicos y el corazón
de hielo tras los impertinentes y la pechera voluminosa. La
función principal de los palcos era criticar. Alguna vez mos-
traban una admiración pesarosa, pero jamás aprobación, pues
es bien sabido entre las señoras de más de treinta y cinco
años que cuando en el verano los jóvenes organizan un baile
lo hacen con las peores intenciones del mundo, y, si no fuese
por el bombardeo de miradas glaciales, alguna pareja perdi-
da bailarían misteriosos y bárbaros interludios por los rinco-
nes, y las chicas más solicitadas y peligrosas se dejarían be-
sar en los coches del aparcamiento, propiedad de ricas viu-
das que nunca sospechan nada. 40

Pero, al fin y al cabo, el círculo de señoras aficionadas a
la crítica no estaba tan cerca del escenario como para ver las
caras de los actores y captar los apartes más sutiles. No po-
dían hacer otra cosa que fruncir el entrecejo y alargar el cue-
llo, y preguntar y extraer conclusiones satisfactorias de su ba-
gaje de prejuicios, como aquel que dice que la vida de un
joven con patrimonio es semejante a la de una perdiz acosada
por los cazadores. No entenderán nunca el drama del mundo
de la adolescencia, movidizo y casi cruel. No. Los palcos, la
orquesta, los actores principales y los comparsas, todo se re-
sume en la turbamulta de rostros y voces que giran al quejum-
broso ritmo africano de Dyer y su orquesta de baile.

Desde Otis Ormonde, de dieciséis años, a quien le es-
peran dos años más en el instituto, a G. Reece Stoddard, que
tiene colgado [50] en casa, sobre su escritorio, el título de
licenciado en Derecho por Harvard; desde la pequeña

still feels strange and uncomfortable on top of her head, to Bessie MacRae, who has been the life of the party a little too long—more than ten years—the medley is not only the centre of the stage but contains the only people capable of getting an unobstructed view of it.

With a flourish and a bang the music stops. The couples exchange artificial, effortless smiles, facetiously repeat “*La-de-da-da dum-dum,*” and then the clatter of young feminine voices soars over the burst of clapping.

A few disappointed stags caught in midfloor as they had been about to cut in subsided listlessly back to the walls, because this was not like the riotous Christmas dances—these slimmer hops were considered just pleasantly warm and exciting, where even the younger marrieds rose and performed ancient waltzes and terrifying fox trots to the tolerant amusement of their younger brothers and sisters.

Warren McIntyre, who casually attended Yale, being one of the unfortunate stags, felt in his dinner-coat pocket for a cigarette and strolled out onto the wide, semidark veranda, where couples were scattered at tables, filling the lantern-hung night with vague words and hazy laughter. He nodded here and there at the less absorbed and as he passed each couple some half-forgotten fragment of a story played in his mind, for it was not a large city and every one was Who’s Who to every one else’s past. There, for example, were Jim Strain and Ethel Demorest, who had been privately engaged for three years. Every one knew that as soon as Jim managed to hold a job for more than two months she would marry him. Yet how bored they both looked, and how wearily Ethel regarded Jim sometimes, as if she wondered why she had trained the vines of her affection on such a wind-shaken poplar.

Warren was nineteen and rather pitying with those of his friends who hadn’t gone East to college. But, like most boys, he bragged tremendously about the girls of his city when he was away from it. There was Genevieve Ormonde, who regularly made the rounds of dances, house-parties, and football games at Princeton, Yale, Williams, and Cornell; there was black-eyed Roberta Dillon, who was quite as famous to her own generation as Hiram Johnson or Ty Cobb; and, of course, there was Marjorie Harvey, who besides having a fairylike face and a dazzling, bewildering tongue was already justly celebrated for having turned five cart-wheels in succession during the last pump-and-slipper dance at New Haven.

Madeleine Hogue, peinada con un moño raro y aparentemente incomodísimo, a Bessie MacRae, que ha sido el alma de las fiestas durante un periodo de tiempo quizá demasiado largo —más de diez años—, la turbamulta no sólo es el centro del escenario, sino que contiene a las únicas personas capaces de tener una visión completa del conjunto.

Entonces, con un toque de trompeta y un acorde seco y final, cesa la música. Las parejas intercambian sonrisas artificiales y desenvueltas, y repiten chistosamente «*la-di-da-da-dum-dum*», e inmediatamente el estruendo de las voces jóvenes, femeninas, se impone sobre la salva de aplausos.

Algunos, solos y desilusionados, sorprendidos en medio de la pista cuando estaban a punto de invitar a alguna de las chicas que bailaban, volvían lánguidamente a su sitio junto a la pared. No eran estas fiestas como los bulliciosos bailes de Navidad: estas juergas veraniegas sólo eran agradablemente cálidas y emocionantes, e incluso los matrimonios más jóvenes se atrevían a bailar antiguos valeses y fox—trots terroríficos, entre el regocijo condescendiente de sus hermanos y hermanas más jóvenes.

Warren McIntyre, que estudiaba en Yale sin tomárselo muy en serio, era uno de aquellos solitarios infelices. Buscó un cigarrillo en el bolsillo del esmoquin y salió a la amplia terraza medio a oscuras, donde las parejas que se dispersaban por las mesas llenaban la noche, a la luz de los farolillos, de palabras vagas y risas confusas. Saludó con la cabeza aquí y allá a los menos ensimismados y, al pasar junto a cada pareja, le volvía a la memoria algún fragmento ya casi olvidado de una historia, porque la ciudad no era grande y todos conocían a la perfección el pasado de los otros. Allí estaban, por ejemplo, Jim Strain y Ethel Demorest, que, desde hacía tres años, eran novios no oficiales. Todos sabían que en cuanto Jim lograra conservar un trabajo ella se casaría con él. Pero qué aburridos parecían los dos, y con qué hastío miraba Ethel a Jim algunas veces, como si se preguntara por qué había dejado crecer la vid de su cariño sobre aquel álamo zarandeado por el viento.

Warren tenía diecinueve años y casi le daban pena sus amigos que no habían ido a alguna universidad del Este. Pero, como la mayoría de los jóvenes, presumía exageradamente de las chicas de su ciudad cuando estaba fuera: chicas como Genevieve Ormonde, que regularmente asistía a todos los bailes, fiestas familiares y partidos de fútbol en Princeton, Yale, Williams y Cornell; como Roberta Dillon, de ojos negros, tan célebre entre su generación como Hiram Johnson o Ty Cobb; y, desde luego, como Marjorie Harvey, que además de tener cara de hada y una labia deslumbrante y desconcertante era ya merecidamente famosa [51] por haber conseguido dar cinco volteretas seguidas en el baile de New Haven.

Warren, who had groan up across the street from Marjorie, had long been "crazy about her." Sometimes she seemed to reciprocate his feeling with a faint gratitude, but she had tried him by her infallible test and informed him gravely that she did not love him. Her test was that when she was away from him she forgot him and had affairs with other boys. Warren found this discouraging, especially as Marjorie had been making little trips all summer, and for the first two or three days after each arrival home he saw great heaps of mail on the Harveys' hall table addressed to her in various masculine handwritings. To make matters worse, all during the month of August she had been visited by her cousin Bernice from Eau Claire, and it seemed impossible to see her alone. It was always necessary to hunt round and find some one to take care of Bernice. As August waned this was becoming more and more difficult.

Much as Warren worshipped Marjorie he had to admit that Cousin Bernice was sorta dopeless. She was pretty, with dark hair and high color, but she was no fun on a party. Every Saturday night he danced a long arduous duty dance with her to please Marjorie, but he had never been anything but bored in her company.

"Warren"—a soft voice at his elbow broke in upon his thoughts, and he turned to see Marjorie, flushed and radiant as usual. She laid a hand on his shoulder and a glow settled almost imperceptibly over him.

"Warren," she whispered "do something for me—dance with Bernice. She's been stuck with little Otis Ormonde for almost an hour."

Warren's glow faded.

"Why—sure," he answered half-heartedly.

"You don't mind, do you? I'll see that you don't get stuck."

"Sall right."

Marjorie smiled—that smile that was thanks enough.

"You're an angel, and I'm obliged loads."

With a sigh the angel glanced round the veranda, but Bernice and Otis were not in sight. He wandered back inside, and there in front of the women's dressing-room he found Otis in the centre

Warren, que había crecido en la misma calle que Marjorie, en la casa de enfrente, llevaba mucho tiempo «loco por ella». Y, aunque Marjorie algunas veces parecía responder a sus sentimientos con una leve gratitud, lo había sometido a su particular prueba infalible y, con la mayor seriedad, le había informado que no lo quería. La prueba era ésta: cuando estaba lejos de él, lo olvidaba y tenía aventuras con otros chicos. Y Warren se descorazonaba, porque Marjorie llevaba haciendo pequeños viajes todo el verano, y, a la vuelta, durante los dos o tres primeros días, Warren veía montañas de cartas en la mesa del recibidor de los Harvey, cartas dirigidas a Marjorie, con distintas caligrafías masculinas. Para empeorar la situación, durante todo el mes de agosto tenía como invitada a su prima Berenice, de Eau Claire, y parecía imposible verla a solas. Siempre había que buscar y encontrar a alguien que quisiera ocuparse de Berenice. Y, conforme agosto pasaba, aquello era cada vez más difícil.

Por mucho que Warren adorara a Marjorie, tenía que admitir que la prima Berenice era más bien sosa. Era bonita, con el pelo negro y buen color, pero no era divertida en las fiestas. Cada sábado, por obligación, bailaba con ella una interminable pieza para complacer a Marjorie, pero lo único que conseguía era aburrirse.

30

—Warren —una voz suave, muy cerca, interrumpió sus pensamientos, y Warren se volvió y vio a Marjorie, ruborizada y radiante como siempre. Marjorie le puso la mano en el hombro y una grata calidez lo envolvió casi imperceptiblemente.

35

—Warren —murmuró—, hazme un favor: baila con Berenice. Lleva pegada al pequeño Otis Ormonde desde hace casi una hora.

40

Warren sintió que la calidez se desvanecía.

—Ah... sí —respondió sin mucho entusiasmo.

—Note importa, verdad? Procuraré que tú tampoco tengas que aguantar demasiado.

—Vale, vale.

Marjorie sonrió: bastaba aquella sonrisa para darle las gracias.

—Eres un ángel, y te lo deberé siempre.

Con un suspiro el ángel miró hacia la terraza, pero no vio a Berenice y a Otis. Regresó al salón y allí, frente al lavabo de señoras, encontró a Otis en el centro de un grupo de mu-

of a group of young men who were convulsed with laughter. Otis was brandishing a piece of timber he had picked up, and discoursing volubly.

“She’s gone in to fix her hair,” he announced wildly. “I’m waiting to dance another hour with her.”

Their laughter was renewed.

“W h y d o n ’ t s o m e o f y o u c u t i n ?” cried Otis resentfully. “She likes more variety.”

“Why, Otis,” suggested a friend “you’ve just barely got used to her.”

“Why the two-by-four, Otis?” inquired Warren, smiling.

“The two-by-four? Oh, this? This is a club. When she comes out I’ll hit her on the head and knock her in again.”

Warren collapsed on a settee and howled with glee.

“Never mind, Otis,” he articulated finally. “I’m relieving you this time.”

Otis simulated a sudden fainting attack and handed the stick to Warren.

“If you need it, old man,” he said hoarsely.

No matter how beautiful or brilliant a girl may be, the reputation of not being frequently cut in on makes her position at a dance unfortunate. Perhaps boys prefer her company to that of the butterflies with whom they dance a dozen times an but, youth in this jazz-nourished generation is temperamentally restless, and the idea of fox-trotting more than one full fox trot with the same girl is distasteful, not to say odious. When it comes to several dances and the intermissions between she can be quite sure that a young man, once relieved, will never tread on her wayward toes again.

Warren danced the next full dance with Bernice, and finally, thankful for the intermission, he led her to a table on the veranda. There was a moment’s silence while she did unimpressive things with her fan.

“It’s hotter here than in Eau Claire,” she said.

Warren stifled a sigh and nodded. It might

chachos que se morían de risa. Otis blandía un palo que había cogido de algún sitio y parloteaba con energía.

—Ha ido a arreglarse el pelo —anunció furibundo—. La estoy esperando para bailar con ella otra hora.

Volvieron a reírse a carcajadas.

[52] —Cuando haya cambio de pareja, ¿no podría alguno de vosotros quitármela de encima?—se lamentó Otis con resentimiento—. A ella le gustaría más variedad.

—Por qué, Otis? —sugirió un amigo—. Ahora que te estás acostumbrando a ella...

—¿Y ese bastón de golf, Otis? —preguntó Warren, sonriendo.

—¿El bastón? Ah, gesto? Es el bastón adecuado. En cuanto salga, le doy en la cabeza y la meto otra vez en el agujero.

Warren se dejó caer en un sofá, dando alaridos, con un ataque de risa.

—No te preocupes, Otis —consiguió decir por fin—. Yo te sustituyo ahora.

Otis simuló un repentino desvanecimiento y le entregó el palo a Warren.

—Por si lo necesitas, viejo —dijo con voz ronca.

Por bella y brillante que sea una chica, la fama de que, en los cambios de pareja, nadie te la quita de los brazos mientras baila contigo arruina su cotización en las fiestas. Los chicos quizá prefieran su compañía a la de las mariposillas con las que bailan una docena de veces en una noche, pero los jóvenes de esta generación alimentada por el jazz son inquietos por temperamento, y la idea de bailar más de un fox—trot entero con la misma chica les resulta desagradable, por no decir odiosa. Y, si la cosa dura unos cuantos bailes y varios intervalos entre canción y canción, la chica puede estar segura de que el joven, una vez libre, no volverá a pisarle los dichosos pies.

Warren bailó toda la pieza siguiente con Bernice, y por fin, aprovechando una pausa, la acompañó a una mesa en la terraza. Hubo un instante de silencio mientras ella movía estúpidamente el abanico.

—Hace aquí más calor que en Eau Claire —dijo Bernice.

Warren sofocó un suspiro y bostezó. Segura-

be for all he knew or cared. He wondered idly whether she was a poor conversationalist because she got no attention or got no attention because she was a poor conversationalist.

"You going to be here much longer?" he asked and then turned rather red. She might suspect his reasons for asking.

"Another week," she answered, and stared at him as if to lunge at his next remark when it left his lips.

Warren fidgeted. Then with a sudden charitable impulse he decided to try part of his line on her. He turned and looked at her eyes.

"You've got an awfully kissable mouth," he began quietly.

This was a remark that he sometimes made to girls at college proms when they were talking in just such half dark as this. Bernice distinctly jumped. She turned an ungraceful red and became clumsy with her fan. No one had ever made such a remark to her before.

"Fresh!"—the word had slipped out before she realized it, and she bit her lip. Too late she decided to be amused, and offered him a flustered smile

Warren was annoyed. Though not accustomed to have that remark taken seriously, still it usually provoked a laugh or a paragraph of sentimental banter. And he hated to be called fresh, except in a joking way. His charitable impulse died and he switched the topic.

"Jim Strain and Ethel Demorest sitting out as usual," he commented.

This was more in Bernice's line, but a faint regret mingled with her relief as the subject changed. Men did not talk to her about kissable mouths, but she knew that they talked in some such way to other girls.

"Oh, yes," she said, and laughed. "I hear they've been mooning around for years without a red penny. Isn't it silly?"

Warren's disgust increased. Jim Strain was a close friend of his brother's, and anyway he considered it bad form to sneer at people for not having money. But Bernice had had no intention of sneering. She was merely nervous.

mente fuera cierto; ni lo sabía ni le importaba. Se preguntó distraído si Berenice tenía poca conversación porque nadie le hacía caso, o si nadie le hacía caso porque tenía poca conversación.

—Vas a estar aquí mucho tiempo? —le preguntó, y enseguida se puso colorado. Berenice podía sospechar las razones de su pregunta.

—Una semana más —respondió, y lo miró como esperando abalanzarse sobre la siguiente frase en cuanto saliese de sus labios.

Warren empezó a ponerse nervioso. Entonces, con un impulso inesperado y caritativo, decidió probar con Berenice una de sus especialidades. La miró a los ojos.

—Tienes una boca terriblemente besable —murmuró.

[53] Era una frase que a veces decía a las chicas en los bailes de la universidad cuando charlaban así, a media luz. Berenice se sobresaltó visiblemente. Enrojeció de un modo muy poco elegante y agitó con torpeza el abanico. Nadie le había dicho jamás una frase como aquélla.

—¡Fresco! —la palabra se le había escapado sin darse cuenta; se mordió el labio. Demasiado tarde, decidió ser simpática y le dedicó una sonrisa nerviosa.

Warren estaba enfadado. Aunque habitualmente nadie se la tomaba en serio, aquella frase provocaba normalmente una carcajada o una parrafada de tonterías sentimentales. Y odiaba que le llamaran fresco, si no era en tono de broma. El impulso caritativo se desvaneció y Warren cambió de tema.

Jim Strain y Ethel Demorest siguen juntos, como siempre —comentó.

Eso estaba más en su línea, pero Berenice sintió que una sombra de dolor se mezclaba con el alivio de cambiar de tema. Los hombres no hablaban de bocas besables con ella, pero ella sabía que les decían cosas así a las otras chicas.

—Ah, sí —dijo Berenice, y se rió—. He oído que llevan años perdiendo el tiempo, sin un céntimo. ¿No es una imbecilidad?

La antipatía de Warren aumentó. Jim Strain era buen amigo de su hermano, y, en cualquier caso, consideraba de pésimo gusto burlarse de la gente por no tener dinero. Pero Berenice no tenía intención de burlarse de nadie. Sólo estaba nerviosa.

When Marjorie and Bernice reached home at half after midnight they said good night at the top of the stairs. Though cousins, they were not intimates. As a matter of fact Marjorie had no female intimates—she considered girls stupid. Bernice on the contrary all through this parent-arranged visit had rather longed to exchange those confidences flavored with giggles and tears that she considered an indispensable factor in all feminine intercourse. But in this respect she found Marjorie rather cold; felt somehow the same difficulty in talking to her that she had in talking to men. Marjorie never giggled, was never frightened, seldom embarrassed, and in fact had very few of the qualities which Bernice considered appropriately and blessedly feminine.

As Bernice busied herself with tooth-brush and paste this night she wondered for the hundredth time why she never had any attention when she was away from home. That her family were the wealthiest in Eau Claire; that her mother entertained tremendously, gave little dinners for her daughter before all dances and bought her a car of her own to drive round in, never occurred to her as factors in her home-town social success. Like most girls she had been brought up on the warm milk prepared by Annie Fellows Johnston and on novels in which the female was beloved because of certain mysterious womanly qualities always mentioned but never displayed.

Bernice felt a vague pain that she was not present engaged in being popular. She did not know that had it not been for Marjorie's campaigning she would have danced the entire evening with one man; but she knew that even in Eau Claire other girls with less position and less pulchritude were given a much bigger rush. She attributed this to something subtly unscrupulous in those girls. It had never worried her, and if it had her mother would have assured her that the other girls cheapened themselves and that men really respected girls like Bernice.

She turned out the light in her bathroom, and on an impulse decided to go in and chat for a moment with her aunt Josephine, whose light was still on. Her soft slippers bore her noiselessly down the carpeted hall, but hearing voices inside she stopped near the partly open door. Then she caught her own name, and without any definite intention of eavesdropping lingered—and the thread of the conversation going on inside pierced her consciousness sharply as if it had been drawn through with a needle.

Eran más de las doce cuando Marjorie y Bernice llegaron a casa y se desearon buenas noches en el rellano de la escalera. Aunque primas, no eran amigas íntimas. En realidad, Marjorie no tenía amigas íntimas: consideraba idiotas a las chicas. Bernice, por el contrario, durante aquella visita organizada por los padres, había deseado intercambiar esas confidencias sazonadas con risillas y lágrimas que consideraba un factor indispensable en cualquier relación entre mujeres. Pero, a este respecto, encontraba a Marjorie más bien fría; cuando hablaba con ella, encontraba la misma dificultad que cuando hablaba con los hombres. A Marjorie nunca se le escapaba la risa tonta, jamás se sobresaltaba, pocas cosas le daban vergüenza, y, de hecho, poseía muy pocas de las cualidades que Bernice consideraba adecuada y felizmente femeninas.

Aquella noche, ocupada con el cepillo de dientes y el dentífrico, Bernice se preguntó por centésima vez por qué nadie le hacía caso cuando estaba lejos de casa. Nunca se le ocurrió pensar que, en su pueblo, los motivos de su éxito en sociedad obedecieran a que su familia era la más rica de Eau Claire, a que su madre no parara de invitar a gente y dar meriendas—cenas en honor de su hija antes de cada baile y a que le hubiera comprado un coche para que diera vueltas por ahí. Como casi todas las chicas, había crecido con la leche caliente de Annie Fellows Johnston y esas novelas en las que la mujer es amada por ciertas virtudes femeninas, misteriosas, siempre mencionadas pero nunca explicadas con detalle.

Le dolía un poco no tener más éxito. No sabía que, de no ser por las maniobras de Marjorie, hubiera bailado toda la noche con el mismo; pero sí sabía que, incluso en Eau Claire, otras chicas con peor posición social y menos belleza estaban mucho más solicitadas. Bernice lo atribuía a que aquellas chicas, de cierta manera sutil, no tenían escrúpulos. Nunca le había dado mayor importancia al asunto, pero, si se la hubiera dado, su madre le habría asegurado que las otras chicas no se valoraban a sí mismas y que los hombres respetaban a las chicas como Bernice.

Apagó la luz del cuarto de baño y, de pronto, decidió ir a charlar un rato con su tía Josephine, que aún tenía la luz encendida. Las blandas zapatillas la llevaron sin ruido sobre la alfombra del corredor, [55] pero, al sentir voces en la habitación, se detuvo ante la puerta entreabierta. Entonces oyó su propio nombre y, sin una intención clara de escuchar a escondidas, se quedó allí, indecisa, mientras el hilo de la conversación atravesaba su conciencia como enhebrado en una aguja.

"She's absolutely hopeless!" It was Marjorie's voice. "Oh, I know what you're going to say! So many people have told you how pretty and sweet she is, and how she can cook! What of it? She has a bum time. Men don't like her."

"What's a little cheap popularity?"

Mrs. Harvey sounded annoyed.

"It's everything when you're eighteen," said Marjorie emphatically. "I've done my best. I've been polite and I've made men dance with her, but they just won't stand being bored. When I think of that gorgeous coloring wasted on such a ninny, and think what Martha Carey could do with it—oh!"

"There's no courtesy these days."

Mrs. Harvey's voice implied that modern situations were too much for her. When she was a girl all young ladies who belonged to nice families had glorious times.

"Well," said Marjorie, "no girl can permanently bolster up a lame-duck visitor, because these days it's every girl for herself. I've even tried to drop hints about clothes and things, and she's been furious—given me the funniest looks. She's sensitive enough to know she's not getting away with much, but I'll bet she consoles herself by thinking that she's very virtuous and that I'm too gay and fickle and will come to a bad end. All unpopular girls think that way. Sour grapes! Sarah Hopkins refers to Genevieve and Roberta and me as gardenia girls! I'll bet she'd give ten years of her life and her European education to be a gardenia girl and have three or four men in love with her and be cut in on every few feet at dances."

"It seems to me," interrupted Mrs. Harvey rather wearily, "that you ought to be able to do something for Bernice. I know she's not very vivacious."

Marjorie groaned.

"Vivacious! Good grief! I've never heard her say anything to a boy except that it's hot or the floor's crowded or that she's going to school in New York next year. Sometimes she asks them what kind of car they have and tells them the kind she has. Thrilling!"

There was a short silence and then Mrs.

—¡Es un caso perdido! —era la voz de Marjorie—. Sé lo que vas a decir: ¡Cuánta gente te ha dicho lo guapa y dulce que es, y lo bien que guisa! Vale, ¿y qué? Se aburre como nadie. No les gusta a los hombres.

—¿Y qué importancia tiene una pizca de éxito barato?

La señora Harvey parecía enfadada.

—Es lo más importante cuando tienes dieciocho años —respondió Marjorie con énfasis—. Yo he hecho cuanto he podido. He sido amable y he convencido a unos cuantos para que bailen con ella, pero no tienen ningún interés en aburrirse. ¡Cuando pienso en un cutis tan maravilloso desperdiciado en semejante tonta, y pienso cómo lo aprovecharía Martha Carey...!

—Ya no hay cortesía.

La voz de la señora Harvey dejó entrever que las situaciones modernas eran demasiado para ella. Cuando ella era joven, todas las señoritas de buena familia se lo pasaban divinamente.

—Bueno —dijo Marjorie—, ninguna chica puede ayudar permanentemente a una invitada patosa, porque en estos tiempos cada una se vale por sí misma. Incluso le he soltado alguna indirecta sobre la ropa y esas cosas, y se ha puesto furiosa. Me ha echado cada mirada... Tiene la suficiente sensibilidad como para darse cuenta de que no le va demasiado bien, pero apuesto a que se consuela pensando que es virtuosa, y que yo soy demasiado alegre y voluble y que voy a acabar mal. Así piensan todas las chicas a las que nadie hace caso. ¡Las uvas están verdes! ¡Sarah Hopkins dice que Genevieve, Roberta y yo somos chicas gardenia, adorno de un día! Apuesto a que daría diez años de su vida y su educación europea por ser una chica gardenia y tener a tres o cuatro locos por ella, y que se la arrebataran unos a otros de los brazos a los pocos pasos de baile.

—Creo —la interrumpió la señora Harvey con tono de empezar a cansarse de la conversación— que deberías ayudar un poco a Bernice. Ya sé que no es demasiado espabilada.

Marjorie gimió.

—¡Espabilada! ¡Dios mío! Jamás le he oído decirle nada a un chico como no sea que hace calor, o que hay mucha gente bailando, o que el año que viene se irá a estudiar a Nueva York. A veces les pregunta qué coche tienen y les dice la marca del suyo. ¡Apasionante!

Hubo un instante de silencio. Y entonces la señora

Harvey took up her refrain:

"All I know is that other girls not half so sweet and attractive get partners. Martha Carey, for instance, is stout and loud, and her mother is distinctly common. Roberta Dillon is so thin this year that she looks as though Arizona were the place for her. She's dancing herself to death."

"But, mother," objected Marjorie impatiently, "Martha is cheerful and awfully witty and an awfully slick girl, and Roberta's a marvellous dancer. She's been popular for ages!"

Mrs. Harvey yawned.

"I think it's that crazy Indian blood in Bernice," continued Marjorie. "Maybe she's a reversion to type. Indian women all just sat round and never said anything."

"Go to bed, you silly child," laughed Mrs. Harvey. "I wouldn't have told you that if I'd thought you were going to remember it. And I think most of your ideas are perfectly idiotic," she finished sleepily.

There was another silence, while Marjorie considered whether or not convincing her mother was worth the trouble. People over forty can seldom be permanently convinced of anything. At eighteen our convictions are hills from which we look; at forty-five they are caves in which we hide.

Having decided this, Marjorie said good night. When she came out into the hall it was quite empty.

Harvey volvió a la misma canción:

[56] —Lo único que sé es que otras chicas, ni la mitad de simpáticas y guapas que ella, encuentran acompañantes. Martha Carey, por ejemplo, es gorda y maleducada, y tiene una madre inconfundiblemente vulgar. Roberta Dillon está tan delgada este año como para recomendarle que pase una temporada en Arizona. Y baila hasta caerse muerta.

—Pero, mamá —objetó Marjorie con impaciencia—, Martha es alegre y terriblemente ingeniosa, y es terriblemente seductora, y Roberta baila de maravilla. ¡Todos las admiran desde hace siglos!

La señora Harvey bostezó.

—Creo que la culpa de todo la tiene esa disparatada sangre india que lleva Berenice en las venas —continuó Marjorie—. Quizá se deba a una regresión a los orígenes. Las indias están siempre sentadas y nunca dicen una palabra.

—Vete a la cama, tontina —rió la señora Harvey—. Si llego a saber que ibas a andar recordándolo, no te lo hubiera dicho. Y pienso que casi todas tus ideas son una absoluta tontería concluyó, con sueño.

Hubo otro instante de silencio: Marjorie se preguntaba si valía la pena convencer a su madre. Es casi imposible convencer de nada a una persona que ha cumplido los cuarenta. A los dieciocho años las convicciones son montañas desde las que miramos; a los cuarenta y cinco son cavernas en las que nos escondemos.

Habiendo llegado a esa conclusión, Marjorie le dio las buenas noches a su madre. Cuando salió de la habitación el pasillo estaba vacío.

45 [57]

III

While Marjorie was breakfasting late next day Bernice came into the room with a rather formal good morning, sat down opposite, stared intently over and slightly moistened her lips.

"What's on your mind?" inquired Marjorie, rather puzzled.

Bernice paused before she threw her hand-grenade.

III

A la mañana siguiente, un poco tarde, Marjorie estaba desayunando y Berenice entró en la habitación con un buen día más bien frío, se sentó frente a Marjorie, la miró fijamente y se humedeció un poco los labios.

—¿Qué te pasa? —preguntó Marjorie, desconcertada.

Berenice calló un momento antes de lanzar la bomba.

"I heard what you said about me to your mother last night."

—Oí lo que anoche hablaste de mí con tu madre.

Marjorie was startled, but she showed only a faintly heightened color and her voice was quite even when she spoke.

Marjorie se sorprendió, pero apenas si se puso colorada y, cuando habló, su voz no temblaba.

"Where were you?"

—¿Dónde estabas?

"In the hall. I didn't mean to listen—at first."

10

—En el pasillo. No quería escuchar... al principio.

After an involuntary look of contempt Marjorie dropped her eyes and became very interested in balancing a stray corn-flake on her finger."

Después de una involuntaria mirada de desprecio, Marjorie bajó la mirada y demostró verdadero interés en hacer equilibrios con un copo de maíz sobre el dedo.

"I guess I'd better go back to Eau Claire—if I'm such a nuisance." Bernice's lower lip was trembling violently and she continued on a wavering note: "I've tried to be nice, and—and I've been first neglected and then insulted. No one ever visited me and got such treatment."

—Creo que sería mejor que volviera a Eau Claire, si tanto te molestó —el labio inferior le temblaba con violencia, y Berenice prosiguió con voz indecisa—: He intentado ser amable, y primero nadie me ha hecho caso, y luego me han insultado. Nunca he tratado así a mis invitadas.

Marjorie was silent.

25

Marjorie callaba.

"But I'm in the way, I see. I'm a drag on you. Your friends don't like me." She paused, and then remembered another one of her grievances. "Of course I was furious last week when you tried to hint to me that that dress was unbecoming. Don't you think I know how to dress myself?"

—Pero te fastidio, lo sé. Soy un peso para ti. No les gusto a tus amigos —hizo una pausa, y enseguida recordó un nuevo agravio recibido—. Claro que me enfadé cuando me insinuaste que aquel vestido me sentaba mal. ¿Crees que no sé vestirme sin ayuda de nadie?

"No," murmured less than half-aloud.

35

—No —murmuró Marjorie, menos que a media voz.

"What?"

—¿Qué?

"I didn't hint anything," said Marjorie succinctly. "I said, as I remember, that it was better to wear a becoming dress three times straight than to alternate it with two frights."

—Yo no te insinué nada —dijo Marjorie escuetamente—. Dije, si no recuerdo mal, que era preferible ponerse tres veces un vestido que cae bien que alternarlo con dos adefesios.

"Do you think that was a very nice thing to say?"

—Crees que es agradable decir una cosa así?

"I wasn't trying to be nice." Then after a pause: "When do you want to go?"

—No quería ser agradable —y, después de una pausa, añadió—: ¿Cuándo quieres irte?

Bernice drew in her breath sharply.

Berenice suspiró violentamente.

"Oh!" It was a little half-cry.

50

—¡Ah! —fue casi un sollozo.

Marjorie looked up in surprise.

Marjorie levantó los ojos, sorprendida.

"Didn't you say you were going?"

[58] —¿No me has dicho que te ibas?

"Yes, but—"

55

—Sí, pero...

"Oh, you were only bluffing!"

—Ah, ¡sólo estabas faroleando!

They stared at each other across the breakfast-table for a moment. Misty waves were passing before Bernice's eyes, while Marjorie's face wore that rather hard expression that she used when slightly intoxicated undergraduate's were making love to her.

"So you were bluffing," she repeated as if it were what she might have expected.

Bernice admitted it by bursting into tears. Marjorie's eyes showed boredom.

"You're my cousin," sobbed Bernice. "I'm v-v- 15 visiting you. I was to stay a month, and if I go home my mother will know and she'll wah-wonder—"

Marjorie waited until the shower of broken words collapsed into little sniffles.

"I'll give you my month's allowance," she said coldly, "and you can spend this last week anywhere you want. There's a very nice hotel—"

Bernice's sobs rose to a flute note, and rising of a sudden she fled from the room.

An hour later, while Marjorie was in the 30 library absorbed in composing one of those non-committal marvelously elusive letters that only a young girl can write, Bernice reappeared, very red-eyed, and consciously calm. She cast no glance at Marjorie but took a book at random 35 from the shelf and sat down as if to read. Marjorie seemed absorbed in her letter and continued writing. When the clock showed noon Bernice closed her book with a snap.

"I suppose I'd better get my railroad ticket."

This was not the beginning of the speech she had rehearsed up-stairs, but as Marjorie was not getting her cues—wasn't urging her to be 45 reasonable; it's an a mistake—it was the best opening she could muster.

"Just wait till I finish this letter," said Marjorie without looking round. "I want to get it 50 off in the next mail."

After another minute, during which her pen scratched busily, she turned round and relaxed with an air of "at your service." Again 55 Bernice had to speak.

"Do you want me to go home?"

Se miraron fijamente a través de la mesa del desayuno. Olas de niebla pasaban ante los ojos de Bernice mientras la cara de Marjorie mostraba aquella expresión de cierta dureza que solía tener cuando los estudiantes de primero, un poco borrachos, tonteaban con ella.

—Así que estabas faroleando —repitió, como si 10 fuera lo que ya se esperaba.

Bernice lo confesó y se echó a llorar. Los ojos de Marjorie tenían una expresión de aburrimiento.

—Eres mi prima —sollozó Bernice—. Soy tu invitada. Iba a quedarme un mes, y si vuelvo a casa mi madre sabrá que algo ha pasado y me... me preguntará.

Marjorie esperó a que el torrente de palabras 20 entrecortadas se disolviera en pequeños sorbetes.

—Te daré el dinero que me dan cada mes —dijo fríamente—, para que pases la semana que falta donde quieras. Hay un hotel muy agradable...

Los sollozos de Bernice se elevaron hasta alcanzar una nota aflautada, y entonces se levantó y salió corriendo del cuarto.

Una hora más tarde, mientras Marjorie estaba en la biblioteca, absorta en la redacción de una de esas cartas maravillosamente evasivas y nada comprometedoras que sólo una adolescente es capaz de escribir, Bernice volvió a aparecer, con los ojos verdaderamente enrojecidos y calculadoramente tranquila. Ni siquiera miró a Marjorie: cogió al azar un libro de la biblioteca y se sentó como si estuviera leyendo. Marjorie parecía absorta en su carta y siguió escribiendo. Cuando dieron las doce, Bernice cerró el libro con violencia.

—Creo que debería ir a la estación a sacar el billete.

No era ése el principio del discurso que había preparado en el piso de arriba, pero, ya que Marjorie no le hacía caso y no le decía que pensara mejor las cosas, que todo había sido un malentendido, ése era el mejor principio que se le ocurría.

—Espera a que termine esta carta —dijo Marjorie sin levantar la vista—. Quiero que salga en el próximo correo.

Después de un minuto inacabable, en el que se oía el arañar afanoso de la pluma, Marjorie levantó la vista con el aire relajado de quien dice: «Estoy a tu disposición». Bernice tuvo que volver a hablar.

—¿Quieres que me vaya?

"Well," said Marjorie, considering, "I suppose if you're not having a good time you'd better go. No use being miserable."

"Don't you think common kindness—"

"Oh, please don't quote 'Little Women'!" cried Marjorie impatiently. "That's out of style."

"You think so?"

"Heavens, yes! What modern girl could live like those inane females?"

"They were the models for our mothers."

Marjorie laughed.

"Yes, they were—not! Besides, our mothers were all very well in their way, but they know very little about their daughters' problems."

Bernice drew herself up.

"Please don't talk about my mother."

Marjorie laughed.

"I don't think I mentioned her."

Bernice felt that she was being led away from her subject.

"Do you think you've treated me very well?"

"I've done my best. You're rather hard material to work with."

The lids of Bernice's eyes reddened.

"I think you're hard and selfish, and you haven't a feminine quality in you."

"Oh, my Lord!" cried Marjorie in desperation "You little nut! Girls like you are responsible for all the tiresome colorless marriages; all those ghastly inefficiencies that pass as feminine qualities. What a blow it must be when a man with imagination marries the beautiful bundle of clothes that he's been building ideals round, and finds that she's just a weak, whining, cowardly mass of affectations!"

Bernice's mouth had slipped half open.

"The womanly woman!" continued Marjorie. "Her whole early life is occupied in whining criticisms

—Bueno —dijo Marjorie, reflexionando—, supongo que, si no te lo pasas bien, sería mejor que te fueras. Para qué vas a ser infeliz...

[59] —¿No crees que la más elemental consideración...?

—Ah, por favor, no cites *Mujercitas* —gritó Marjorie con impaciencia—. No está de moda.

—¿Tú crees?

—Por Dios, ¡sí! ¿Qué chica moderna podría vivir como aquellas necias?

—Fueron los modelos de nuestras madres.

Marjorie soltó una carcajada.

—¡No lo fueron jamás! Además, nuestras madres fueron perfectas a su manera, pero entienden poquísimos los problemas de sus hijas.

Bernice se irguió.

—No hables de mi madre, por favor.

Marjorie se echó a reír.

—No creo haberla mencionado.

Bernice se dio cuenta de que estaban alejándose del tema.

—¿Crees que me has tratado bien?

—He hecho todo lo posible. Tú eres un material bastante difícil.

Los bordes de los párpados de Bernice enrojecieron.

—Tú sí que eres difícil, dura y egoísta. Creo que no tienes ninguna cualidad femenina.

—¡Por Dios! exclamó Marjorie, desesperada—. Eres una idiota ridícula. Las chicas como tú tienen la culpa de todos esos matrimonios aburridos e insípidos, de todas esas horribles taras que pasan por cualidades femeninas. Qué golpe debe de ser para un hombre imaginativo casarse con un maravilloso montón de vestidos en torno al cual ha estado construyendo ideales y descubrir que su mujer es sólo una débil, llorona y cobarde montaña de remilgos.

Bernice estaba boquiabierta.

—¡La mujer femenina! —continuó Marjorie—. Desperdicia la juventud lloriqueando y criticando a las

of girls like me who really do have a good time.”

chicas como yo, que saben divertirse de verdad.

Bernice's jaw descended farther as Marjorie's voice rose.

La mandíbula de Berenice bajaba tanto como la voz de Marjorie subía.

“There's some excuse for an ugly girl whining. If I'd been irretrievably ugly I'd never have forgiven my parents for bringing me into the world. But you're starting life without any handicap—” Marjorie's little fist clinched, “If you expect me to weep with you you'll be disappointed. Go or stay, just as you like.” And picking up her letters she left the room.

—Las chicas feas que lloriquean tienen alguna excusa. Si yo fuese irremediadamente fea, nunca les hubiera perdonado a mis padres que me hubieran traído al mundo. Pero tú no tienes ninguna desventaja —el pequeño puño de Marjorie se cerró—. Si esperas que me ponga a llorar contigo, te llevarás una desilusión. Quédate o vete, haz lo que te dé la gana —y, cogiendo sus cartas, salió de la biblioteca.

Bernice claimed a headache and failed to appear at luncheon. They had a *matinée* date for the afternoon, but the headache persisting, Marjorie made explanation to a not very downcast boy. But when she returned late in the afternoon she found Bernice with a strangely set face waiting for her in her bedroom.

Berenice pretextó un dolor de cabeza y no apareció a la hora de comer. Estaban invitadas a una fiesta aquella tarde, pero, como el dolor de cabeza continuaba, Marjorie tuvo que dar explicaciones a un chico no demasiado abatido. Sin embargo, cuando volvió a última hora [60] de la tarde, encontró a Berenice esperándola en su dormitorio con una expresión extrañamente decidida.

“I've decided,” began Bernice without preliminaries, “that maybe you're right about things—possibly not. But if you'll tell me why your friends aren't—aren't interested in me I'll see if I can do what you want me to.”

—He pensado —dijo Berenice sin mayores preliminares— que puede que tengas razón o puede que no. Pero si me dices por qué a tus amigos no... no les intereso, a lo mejor hago lo que tú quieras.

Marjorie was at the mirror shaking down her hair.

Marjorie estaba ante el espejo, cepillándose el pelo.

“Do you mean it?”

—¿Estás hablando en serio?

“Yes.”

—Sí.

“Without reservations? Will you do exactly what I say?”

—¿Sin reservas mentales? ¿Harías exactamente lo que yo dijera?

“Well, I—”

—Bueno, yo...

“Well nothing! Will you do exactly as I say?”

—¡Nada de tonterías! ¿Harás exactamente lo que yo te diga?

“If they're sensible things.”

—Si se trata de cosas razonables.

“They're not! You're no case for sensible things.”

—¡No lo son! Tú ya no estás para cosas razonables...

“Are you going to make—to recommend—”

—¿Me harás...? ¿Me aconsejarás...?

“Yes, everything. If I tell you to take boxing-lessons you'll have to do it. Write home and tell your mother you're going to soy another two weeks.”

—Sí, todo. Si te aconsejo que aprendas a boxear, me obedecerás. Escribe a casa y dile a tu madre que te vas a quedar dos semanas más.

“If you'll tell me—”

—Vamos, dime...

“All right—I'll just give you a few examples now. First you have no ease of manner. Why? Because you're never sure about your personal appearance. When a girl feels that she's perfectly groomed and dressed she can forget that part of

—Muy bien. Te pondré, por el momento, algunos ejemplos. Primero, te falta naturalidad. Por qué? Porque no estás segura de tu aspecto. Cuando una chica sabe que está perfectamente arreglada y vestida, puede olvidarse de su espec-

her. That's charm. The more parts of yourself you can afford to forget the more charm you have."

"Don't I look all right? "

"No; for instance you never take care of your eyebrows. They're black and lustrous, but by leaving them straggly they're a blemish. They'd be beautiful if you'd take care of them in one-tenth the time you take doing nothing. You're going to brush them so that they'll grow straight."

Bernice raised the brows in question.

"Do you mean to say that men notice eyebrows?"

"Yes—subconsciously. And when you go home you ought to have your teeth straightened a little. It's almost imperceptible, still—"

"But I thought," interrupted Bernice in bewilderment, "that you despised little dainty feminine things like that."

"I hate dainty minds," answered Marjorie. "But a girl has to be dainty in person. If she looks like a million dollars she can talk about Russia, ping-pong, or the League of Nations and get away with it."

"What else?"

"Oh, I'm just beginning! There's your dancing."

"Don't I dance all right?"

"No, you don't—you lean on a man; yes, you do—ever so slightly. I noticed it when we were dancing together yesterday. And you dance standing up straight instead of bending over a little. Probably some old lady on the side-line once told you that you looked so dignified that way. But except with a very small girl it's much harder on the man, and he's the one that counts."

"Go on." Bernice's brain was reeling.

"Well, you've got to learn to be nice to men who are sad birds. You look as if you'd been insulted whenever you're thrown with any except the most popular boys. Why, Bernice, I'm cut in on every few feet—and who does most of it? Why, those very sad birds. No girl can afford to neglect them. They're the big part of any crowd. Young boys

to. Eso es encanto, gracia. Cuantas más partes de ti puedes olvidar, más encanto tienes.

—¿No voy bien?

—No. Por ejemplo, nunca te preocupas de tus cejas. Son negras y lustrosas, pero, si te las dejas crecer como salen, son un defecto. Serían bellísimas si te las cuidases la décima parte del tiempo que pierdes en no hacer nada. Debes peinártelas para que crezcan bien.

Berenice enarcó las cejas en cuestión.

—Quieres decir que los hombres se fijan en las cejas?

—Sí, inconscientemente. Y, cuando vuelvas a casa, debes hacer que te enderecen un poco los dientes. Es casi imperceptible, pero...

—Pero yo creía —la interrumpió Berenice, perpleja— que tú despreciabas esas pequeñas delicadezas femeninas.

—Odio las mentes delicadas contestó Marjorie—. Pero una chica debe ser la delicadeza en persona. Si resplandece como un millón de dólares, puede hablar de Rusia, de ping—pong o de la Sociedad de Naciones, y quedar estupendamente.

—¿Hay más cosas?

—Ah, sólo estoy empezando. Está tu manera de bailar.

—¿No bailo bien?

—No, claro que no: te apoyas en los hombres; sí, así es, aunque no se note casi. Me di cuenta ayer, cuando bailamos juntas. Y además bailas muy erguida, en vez de pegarte un poco. Seguramente alguna [61] vieja señora muy puesta en su sitio te haya dicho que así pareces mucho más digna. Pero, a no ser que seas una chica baja, bailar así cansa mucho más al hombre, y el hombre es lo único que cuenta.

—Sigue, sigue —a Berenice le daba vueltas la cabeza.

—Vale. Debes aprender a ser simpática con los pájaros solitarios. Parece como si te hubieran insultado cuando te saca a bailar alguien que no sea uno de los chicos de moda. Por qué, Berenice, en cuanto empiezo a bailar vienen a arrancarme de los brazos de mi pareja? ¿Y quién viene casi siempre? Pues uno de esos pájaros solitarios. Ninguna chica puede permitirse el lujo de despreciarlos. Son mayoría en la fiesta. Los chicos más tímidos, a quienes les

too shy to talk are the very best conversational practice. Clumsy boys are the best dancing practice. If you can follow them and yet look graceful you can follow a baby tank across a barb-wire sky-scraper."

Bernice sighed profoundly, but Marjorie was not through.

"If you go to a dance and really amuse, say, 10 three sad birds that dance with you; if you talk so well to them that they forget they're stuck with you, you've done something. They'll come back next time, and gradually so many sad birds will dance with you that the attractive boys will see 15 there's no danger of being stuck—then they'll dance with you."

"Yes," agreed Bernice faintly. "I thank I begin to see."

"And finally," concluded Marjorie, "poise and charm will just come. You'll wake up some morning knowing you've attained it and men will know it too."

Bernice rose.

"It's been awfully kind of you—but nobody's ever talked to me like this before, and I feel sort of startled." 30

Marjorie made no answer but gazed pensively at her own image in the mirror.

"You're a peach to help me," continued 35 Bernice.

Still Marjorie did not answer, and Bernice thought she had seemed too grateful.

"I know you don't like sentiment," she said 40 timidly.

Marjorie turned to her quickly.

"Oh, I wasn't thinking about that. I was considering whether we hadn't better bob your hair."

Bernice collapsed backward upon the bed. 50

da miedo hablar, son la mejor práctica para la conversación. Los chicos torpes son la mejor práctica para el baile. Si consigues llevarles la corriente y parecer encantadora es que puedes seguir a un tanque a través de una alambrada 5 más alta que un rascacielos.

Berenice suspiró profundamente, pero Marjorie no había terminado.

—Si vas a una fiesta y se lo pasan bien contigo, digamos, tres de esos pájaros solitarios; si sabes darles conversación para que olviden que quizá llevan demasiado rato bailando contigo, habrás conseguido algo: volverán la próxima vez, y poco a poco tantos pájaros solitarios bailarán contigo que los chicos atractivos no tendrán miedo de tener que pasarse la noche cargando contigo, y entonces te sacarán a bailar.

—Sí —asintió Berenice, con voz apenas perceptible— 20 . Creo que estoy empezando a comprender.

—Y, al final —concluyó Marjorie—, naturalidad y fascinación vendrán solas. Te despertarás una mañana dándote cuenta de que las has conquistado, y también se darán 25 cuenta los hombres.

Berenice se puso de pie.

—Has sido infinitamente amable, pero nadie me había hablado antes así y estoy un poco asustada.

Marjorie no respondió: observaba pensativamente su propia imagen en el espejo.

—Eres un tesoro, ayudándome.

Marjorie tampoco le respondió, y Berenice pensó que estaba mostrando demasiado agradecimiento.

—Sé que no te gustan los sentimentalismos —dijo tí- 40 mida-
mente.

Marjorie la miró de pronto. 45

—Ah, no pensaba en eso. Estaba pensando si no sería mejor que te cortáramos el pelo como un chico.

Berenice se desplomó de espaldas en la cama.

On the following Wednesday evening there was a dinner-dance at the country club. When the guests strolled in Bernice found her place-card with a slight feeling of irritation. Though at her right sat G. Reece Stoddard, a most desirable and distinguished young bachelor, the all-important left held only Charley Paulson. Charley lacked height, beauty, and social shrewdness, and in her new enlightenment Bernice decided that his only qualification to be her partner was that he had never been stuck with her. But this feeling of irritation left with the last of the soup-plates, and Marjorie's specific instruction came to her. Swallowing her pride she turned to Charley Paulson and plunged.

"Do you think I ought to bob my hair, Mr. Charley Paulson?"

Charley looked up in surprise.

"Why?"

"Because I'm considering it. It's such a sure and easy way of attracting attention."

Charley smiled pleasantly. He could not know this had been rehearsed. He replied that he didn't know much about bobbed hair. But Bernice was there to tell him.

"I want to be a society vampire, you see," she announced coolly, and went on to inform him that bobbed hair was the necessary prelude. She added that she wanted to ask his advice, because she had heard he was so critical about girls.

Charley, who knew as much about the psychology of women as he did of the mental states of Buddhist contemplatives, felt vaguely flattered.

"So I've decided," she continued, her voice rising slightly, "that early next week I'm going down to the Sevier Hotel barber-shop, sit in the first chair, and get my hair bobbed." She faltered noticing that the people near her had paused in their conversation and were listening; but after a confused second Marjorie's coaching told, and she finished her paragraph to the vicinity at large. "Of course I'm charging admission, but if you'll all come down and encourage me I'll issue passes for the inside seats."

There was a ripple of appreciative laughter, and under cover of it G. Reece Stoddard leaned over quickly and said close to her ear: "I'll take a box right now."

La tarde del miércoles siguiente había una fiesta en el club de campo. Cuando entraron los invitados, Berenice descubrió con fastidio el sitio donde estaba la tarjeta con su nombre. Aunque a su derecha se sentaba G. Reece Stoddard, distinguido joven sin compromiso, muy deseable, el importantísimo puesto a su izquierda estaba reservado a Charley Paulson. Charley no era ni alto ni guapo ni brillante en sociedad, y, a la luz de sus nuevos conocimientos, Berenice se dijo que su único mérito para ser su pareja era que nunca la había sacado a bailar. Pero el fastidio desapareció con la sopa y recordó las detalladas instrucciones de Marjorie. Tragándose el orgullo, se volvió hacia Charley Paulson y se lanzó en plancha.

—¿Cree que debería cortarme el pelo como un chico, señor Charley Paulson?

Charley levantó los ojos sorprendido.

—Por qué?

—Porque lo estoy pensando. Es una manera segura y fácil de llamar la atención.

Charley sonrió, complacido. No podía imaginarse que todo había sido premeditado y ensayado. Contestó que no sabía nada sobre cortes de pelo. Pero Berenice estaba allí para informarle.

—Quiero ser una vampiresa de la alta sociedad, ¿sabes? —anunció Berenice fríamente, y continuó informándolo de que el corte de pelo era el prelude necesario. Añadió que quería pedirle su opinión, porque le habían dicho que era muy exigente en lo que respecta a las chicas.

Charley, que sabía tanto de psicología de las mujeres como de los estados mentales de los monjes budistas, se sintió vagamente halagado.

—Así que he decidido —continuó Berenice, alzando un poco la voz— que a principios de la próxima semana iré a la barbería del Hotel Sevier, me sentaré en el primer sillón y me cortaré el pelo como un chico.

Titubeó al notar que la gente que estaba cerca había dejado de hablar para oírla, pero, tras un instante de confusión, recordó los consejos de Marjorie y acabó la frase dirigiéndose a todos los que podían oírla.

[63] —Cobro la entrada, desde luego, pero si queréis venir a animarme, os conseguiré pases para la primera fila.

Hubo unas cuantas risas de aprobación, y, a su amparo, G. Reece Stoddard se inclinó rápidamente y le dijo al oído:

—Reservo un palco ahora mismo.

She met his eyes and smiled as if he had said something surprisingly brilliant.

Berenice lo miró a los ojos y sonrió como si hubiera dicho algo excepcionalmente brillante.

“Do you believe in bobbed hair?” asked G. Reece in the same undertone.

—¿Estás de acuerdo con los pelados a lo chico? —le preguntó G. Reece, siempre en voz baja.

“I think it’s unmoral,” affirmed Bernice gravely. “But, of course, you’ve either got to amuse people or feed ‘em or shock ‘em.” Marjorie had culled this from Oscar Wilde. It was greeted with a ripple of laughter from the men and a series of quick, intent looks from the girls. And then as though she had said nothing of wit or moment Bernice turned again to Charley and spoke confidentially in his ear.

—Creo que son una inmoralidad —afirmó Berenice, muy seria—. Pero, claro, la gente espera que la entretengas, le des de comer o la escandalices.

Marjorie había copiado la frase de Oscar Wilde. Los hombres la recibieron con risas y las chicas con miradas rápidas y penetrantes. Y enseguida, como si no hubiese dicho nada ingenioso ni extraordinario, Berenice se volvió de nuevo hacia Charley y le habló confidencialmente al oído.

“I want to ask you your opinion of several people. I imagine you’re a wonderful judge of character.”

—Quiero saber tu opinión sobre algunas personas. Creo que eres un maravilloso juez de caracteres.

Charley thrilled faintly—paid her a subtle compliment by overturning her water.

Charley se estremeció ligeramente, y le dedicó un sutil cumplido: derramó un vaso de agua.

Two hours later, while Warren McIntyre was standing passively in the stag line abstractedly watching the dancers and wondering whither and with whom Marjorie had disappeared, an unrelated perception began to creep slowly upon him—a perception that Bernice, cousin to Marjorie, had been cut in on several times in the past five minutes. He closed his eyes, opened them and looked again. Several minutes back she had been dancing with a visiting boy, a matter easily accounted for; a visiting boy would know no better. But now she was dancing with some one else, and there was Charley Paulson headed for her with enthusiastic determination in his eye. Funny—Charley seldom danced with more than three girls an evening.

Dos horas después, Warren McIntyre miraba desde fuera de la pista a los que bailaban, y, mientras se preguntaba hacia dónde y con quién había desaparecido Marjorie, poco a poco, de modo inconexo, empezó a tomar conciencia: conciencia de que Berenice, la prima de Marjorie, en los últimos cinco minutos había cambiado de pareja otras tantas veces. Cerró los ojos, los abrió y volvió a mirar. Minutos antes, Berenice había bailado con un chico que estaba de paso en la ciudad, algo fácilmente explicable: un chico de paso no conocía nada mejor. Pero ahora bailaba con otro, y Charley iba ya en su busca con una entusiasta determinación en la mirada. Era curioso: Charley rara vez bailaba en una fiesta con más de tres chicas.

Warren was distinctly surprised when—the exchange having been effected—the man relieved proved to be none other than G. Reece Stoddard himself. And G. Reece seemed not at all jubilant at being relieved. Next time Bernice danced near, Warren regarded her intently. Yes, she was pretty, distinctly pretty; and to-night her face seemed really vivacious. She had that look that no woman, however histrionically prescient, can successfully counterfeit—she looked as if she were having a good time. He liked the way she had her hair arranged, wondered if it was brilliantine that made it glisten so. And that dress was becoming—a dark red that set off her shadowy eyes and high coloring. He remembered that he had thought her pretty when she first came to town, before he had realized that she was dull. Too bad she was dull—dull girls unbearable—certainly pretty though.

Warren estaba evidentemente sorprendido: el cambio de pareja acababa de realizarse, y el bailarín sustituido resultó ser, nada más y nada menos, el propio G. Reece Stoddard. Y G. Reece no parecía en absoluto contento de que lo hubieran relevado. Cuando Bernice pasó cerca, bailando, Warren la observó atentamente. Sí, era guapa, verdaderamente guapa; y aquella noche estaba francamente radiante. Tenía esa expresión que ninguna mujer, aunque sea una excelente actriz, puede fingir con éxito: parecía estar divirtiéndose. A Warren le gustaba cómo se había peinado; se preguntaba si el cabello brillaba así por la brillantina. Y el vestido le sentaba muy bien: un rojo oscuro que resaltaba el buen color de la piel y las sombras de los ojos. Recordó que le había parecido guapa cuando llegó a la ciudad, antes de darse cuenta de que era [64] un aburrimiento. Qué pena que fuera aburrida: las chicas aburridas son insupportables. Pero, sí, era guapa.

His thoughts zigzagged back to Marjorie. This

Y su pensamiento volvió, zigzagueando, a Marjorie.

disappearance would be like other disappearances. When she reappeared he would demand where she had been—would be told emphatically that it was none of his business. What a pity she was so sure of him! She basked in the knowledge that no other girl in town interested him; she defied him to fall in love with Genevieve or Roberta.

Warren sighed. The way to Marjorie's affections was a labyrinth indeed. He looked up. Bernice was again dancing with the visiting boy. Half unconsciously he took a step out from the stag line in her direction, and hesitated. Then he said to himself that it was charity. He walked toward her — collided suddenly with G. Reece Stoddard.

"Pardon me," said Warren.

But G. Reece had not stopped to apologize. He had again cut in on Bernice.

That night at one o'clock Marjorie, with one hand on the electric-light switch in the hall, turned to take a last look at Bernice's sparkling eyes.

"So it worked?"

"Oh, Marjorie, yes!" cried Bernice.

"I saw you were having a gay time."

"I did! The only trouble was that about midnight I ran short of talk. I had to repeat myself— with different men of course. I hope they won't compare notes."

"Men don't," said Marjorie, yawning, "and it wouldn't matter if they did—they'd think you were even trickier."

She snapped out the light, and as they started up the stairs Bernice grasped the banister thankfully. For the first time in her life she had been danced tired.

"You see," said Marjorie at the top of the stairs, "one man sees another man cut in and he thinks there must be something there. Well, we'll fix up some new stuff to-morrow. Good night."

"Good night."

As Bernice took down her hair she passed the evening before her in review. She had followed instructions exactly. Even when Charley Paulson cut in for the eighth time she had simulated delight and had apparently been both interested and flattered. She had not talked about the weather or

Aquella desaparición sería como otras desapariciones. Cuando reapareciera, le preguntaría dónde había estado, y ella le respondería terminantemente que no era asunto suyo. Era una lástima que estuviera tan segura de que lo tenía en su poder. Marjorie disfrutaba pensando que a él no le interesaba ninguna otra chica de la ciudad; lo desafiaba a enamorarse de Genevieve o Roberta.

Warren suspiró. El camino hacia el corazón de Marjorie era, desde luego, un laberinto. Levantó la vista. Bernice bailaba otra vez con el chico que estaba de paso. Casi inconscientemente, se apartó de la fila de los que no bailaban, en dirección a Bernice. Entonces titubeó, y se dijo a sí mismo que sólo lo hacía por caridad. Cuando avanzaba hacia ella, tropezó de pronto con G. Reece Stoddard.

—Perdona —dijo Warren.

Pero G. Reece no perdió el tiempo en disculpas: ya bailaba otra vez con Bernice.

Aquella noche, a la una, Marjorie, con una mano en el interruptor de la lámpara del recibidor, se volvió para mirar por última vez los ojos resplandecientes de Bernice.

—Así que funcionó, ¿no?

—Sí, Marjorie, ¡sí! —exclamó Bernice.

—He visto que te lo pasabas estupendamente.

—¡Es verdad! El único problema ha sido que a media-noche casi me he quedado sin temas de conversación. He tenido que repetirme, con chicos distintos, claro. Espero que no comparen sus apuntes.

—Los chicos no suelen hacerlo —dijo Marjorie, bostezando—, y daría lo mismo, si lo hicieran: te encontrarían aún más interesante.

Apagó la luz y, mientras subían las escaleras, Bernice se apoyó con alivio en el pasamanos. Era la primera vez en su vida que estaba cansada de tanto bailar.

—Ya has visto —dijo Marjorie—, si un hombre ve que otro te invita a bailar mientras aún estás bailando con él, piensa que tienes que tener algo especial. Bueno, estudiaremos otros sistemas. Buenas noches.

—Buenas noches.

Mientras se deshacía el peinado, pasó revista a aquella noche. Había seguido las instrucciones al pie de la letra. Incluso cuando Charley Paulson la invitó a bailar por octava vez, simuló placer, mostrándose a la vez interesada y halagada. No había hablado del tiempo, [65] ni de Eau Claire, ni de

Eau Claire or automobiles or her school, but had confined her conversation to me, you, and us.

But a few minutes before she fell asleep a rebellious thought was churning drowsily in her brain—after all, it was she who had done it. Marjorie, to be sure, had given her her conversation, but then Marjorie got much of her conversation out of things she read. Bernice had bought the red dress, though she had never valued it highly before Marjorie dug it out of her trunk—and her own voice had said the words, her own lips had smiled, her own feet had danced. Marjorie nice girl—vain, though—nice evening—nice boys—like Warren—Warren—Warren— what's his name—Warren—

She fell asleep.

coches, ni de los estudios, sino que se había ceñido a tres temas de conversación: yo, tú, nosotros.

Y, pocos minutos antes de dormirse, una idea rebelde le había pasado soñolientamente por la cabeza: después de todo, el mérito era suyo. Marjorie, es verdad, le había sugerido los temas de conversación, pero Marjorie extraía sus temas de conversación de lo que leía. Ella, Bernice, había comprado el traje rojo, aunque no le gustara demasiado antes de que Marjorie lo descolgara de la percha... Y ella, con su voz, había pronunciado las palabras, y había sonreído con sus labios, y había bailado con sus pies. Marjorie era simpática... pero presumida... Simpática noche... Chicos simpáticos... Como Warren... Warren... Warren... cómo se llamaba... Warren...

Se quedó dormida.

20

[66]

V

25

V

To Bernice the next week was a revelation. With the feeling that people really enjoyed looking at her and listening to her came the foundation of self-confidence. Of course there were numerous mistakes at first. She did not know, for instance, that Draycott Deyo was studying for the ministry; she was unaware that he had cut in on her because he thought she was a quiet, reserved girl. Had she known these things she would not have treated him to the line which began “Hello, Shell Shock!” and continued with the bathtub story—“It takes a frightful lot of energy to fix my hair in the summer—there's so much of it—so I always fix it first and powder my face and put on my hat; then I get into the bathtub, and dress afterward. Don't you think that's the best plan?”

Though Draycott Deyo was in the throes of difficulties concerning baptism by immersion and might possibly have seen a connection, it must be admitted that he did not. He considered feminine bathing an immoral subject, and gave her some of his ideas on the depravity of modern society.

But to offset that unfortunate occurrence Bernice had several signal success to her credit. Little Otis Ormonde pleaded off from a trip East and elected instead to follow her with a puppylike devotion, to the amusement of his crowd and to the irritation of G. Reece Stoddard, several of whose afternoon calls Otis completely ruined by the disgusting tenderness of the glances he bent on

La semana siguiente fue una revelación para Bernice. A la sensación de que la gente disfrutaba mirándola y escuchándola, siguió el fundamento de la confianza en sí misma. Al principio, desde luego, cometió numerosos errores. No sabía, por ejemplo, que Draycott Deyo era seminarista; no sabía que la había invitado a bailar porque la creía una chica discreta y reservada. Si lo hubiese sabido, no hubiera aplicado la táctica de empezar con un « ¡Hola, bombazo! », ni hubiera seguido con la historia de la bañera: «No sabes el trabajo que me cuesta peinarme en verano: tengo el pelo muy largo; así que primero me peino, luego me maquillo y me pongo el sombrero, después me meto en la bañera, y por fin me visto. ¿Note parece el mejor sistema?»

Aunque Draycott Deyo estaba sufriendo todas las angustias de un bautismo por inmersión, y podía haber encontrado alguna lógica en aquellas palabras, hay que admitir que no la encontró. Consideraba el baño femenino como un asunto inmoral, y le expuso a Bernice algunas de sus ideas sobre la depravación de la sociedad moderna.

Pero, compensando aquel desafortunado episodio, Bernice logró numerosos y señalados éxitos que aumentaron su fama. El pequeño Otis Ormonde renunció a un viaje al Este para seguirla con devoción de cachorro, para diversión de sus amigos e irritación de G. Reece Stoddard: Otis arruinaba sus visitas vespertinas con la ternura nauseabunda de las miradas que dirigía a Bernice. Inclu-

Bernice. He even told her the story of the two-by-four and the dressing-room to show her how fruitfully mistaken he and every one else had been in their first judgment of her. Bernice laughed off that incident with a slight sinking sensation.

so le contó a Berenice la historia del palo y el vestuario para explicarle cómo, al principio, se habían equivocado espantosamente él y todos al juzgarla. Bernice se tomó a risa el incidente, con una sombra de abatimiento.

Of all Bernice's conversation perhaps the best known and most universally approved was the line about the bobbing of her hair.

Quizá el más conocido y universalmente celebrado entre los temas de los que hablaba Bernice era el asunto del corte de pelo.

"Oh, Bernice, when you goin' to get the hair bobbed?"

—Berenice, ¿cuándo te vas a pelar como un chico?

"Day after to-morrow maybe," she would reply, laughing. "Will you come and see me? Because I'm counting on you, you know."

—Pasado mañana, quizá —contestaba, riéndose—. ¿Irás a verme? Ya sabes que cuento contigo.

"Will we? You know! But you better hurry up."

—¡Claro que sí! A ver si te decides de una vez.

Bernice, whose tonsorial intentions were strictly dishonorable, would laugh again.

Berenice, cuyas intenciones peluqueras eran rigurosamente deshonorosas, volvía a reírse.

"Pretty soon now. You'd be surprised."

—Ya falta poco. Os llevaréis una sorpresa.

But perhaps the most significant symbol of her success was the gray car of the hypercritical Warren McIntyre, parked daily in front of the Harvey house. At first the parlor-maid was distinctly startled when he asked for Bernice instead of Marjorie; after a week of it she told the cook that Miss Bernice had gotta holda Miss Marjorie's best fella.

[67] Pero quizá el más significativo símbolo de su éxito fue el coche gris del hipercrítico Warren McIntyre, que aparcaba todos los días frente a la casa de la familia Harvey. Al principio, la criada se quedó realmente perpleja cuando Warren preguntó por Bernice en lugar de por Marjorie; una semana después, le dijo a la cocinera que Bernice le había birlado a Marjorie su mejor pretendiente.

And Miss Bernice had. Perhaps it began with Warren's desire to rouse jealousy in Marjorie; perhaps it was the familiar though unrecognized strain of Marjorie in Bernice's conversation; perhaps it was both of these and something of sincere attraction besides. But somehow the collective mind of the younger set knew within a week that Marjorie's most reliable beau had made an amazing face-about and was giving an indisputable rush to Marjorie's guest. The question of the moment was how Marjorie would take it. Warren called Bernice on the 'phone twice a day, sent her notes, and they were frequently seen together in his roadster, obviously engrossed in one of those tense, significant conversations as to whether or not he was sincere.

Y Berenice lo había hecho. Quizá todo empezó porque Warren quería darle celos a Marjorie; quizá tuvo la culpa el sello familiar, aunque irrecognocible, que el estilo de Marjorie había dejado en las conversaciones de Berenice; quizá fueron ambas cosas y un poco de mutua y sincera simpatía. Pero, de cualquier modo, era opinión general entre los más jóvenes, una semana más tarde, que el más constante entre los pretendientes de Marjorie había sufrido un cambio imprevisible y se lanzaba al asalto de la invitada de Marjorie. Warren llamaba por teléfono a Berenice dos veces al día, le mandaba cartitas, y se les veía frecuentemente en el descapotable, empeñados en una de esas tensas, importantísimas conversaciones sobre si Warren era sincero.

Marjorie on being twitted only laughed. She said she was mighty glad that Warren had at last found some one who appreciated him. So the younger set laughed, too, and guessed that Marjorie didn't care and let it go at that.

Marjorie, cuando le tomaban el pelo, se limitaba a reír. Decía que estaba contentísima de que Warren hubiese encontrado por fin a alguien capaz de comprenderlo. Así que los más jóvenes también se reían, y creyeron que a Marjorie no le importaba el asunto, y dejaron de darle vueltas.

One afternoon when there were only three days left of her visit Bernice was waiting in the hall for

Una tarde, cuando sólo faltaban tres días para que volviera a casa, Berenice esperaba en el reci-

Warren, with whom she was going to a bridge party. She was in rather a blissful mood, and when Marjorie—also bound for the party—appeared beside her and began casually to adjust her hat in the mirror, Bernice was utterly unprepared for anything in the nature of a clash. Marjorie did her work very coldly and succinctly in three sentences.

“You may as well get Warren out of your head,” she said coldly.

“What?” Bernice was utterly astounded.

“You may as well stop making a fool of yourself over Warren McIntyre. He doesn't care a snap of his fingers about you.”

For a tense moment they regarded each other—Marjorie scornful, aloof; Bernice astounded, half-angry, half-afraid. Then two cars drove up in front of the house and there was a riotous honking. Both of them gasped faintly, turned, and side by side hurried out.

All through the bridge party Bernice strove in vain to master a rising uneasiness. She had offended Marjorie, the sphinx of sphinxes. With the most wholesome and innocent intentions in the world she had stolen Marjorie's property. She felt suddenly and horribly guilty. After the bridge game, when they sat in an informal circle and the conversation became general, the storm gradually broke. Little Otis Ormonde inadvertently precipitated it.

“When you going back to kindergarten, Otis?” some one had asked.

“Me? Day Bernice gets her hair bobbed.”

“Then your education's over,” said Marjorie quickly. “That's only a bluff of hers. I should think you'd have realized.”

“That a fact?” demanded Otis, giving Bernice a reproachful glance.

Bernice's ears burned as she tried to think up an effectual come-back. In the face of this direct attack her imagination was paralyzed.

“There's a lot of bluffs in the world,” continued Marjorie quite pleasantly. “I should think you'd be young enough to know that, Otis.”

“Well,” said Otis, “maybe so. But gee! With a line like Bernice's—”

dor a Warren, con quien iba a ir a jugar al bridge. Estaba de un humor estupendo, y, cuando Marjorie—invitada también al bridge—apareció y, a su lado, empezó a arreglarse con indiferencia el sombrero ante el espejo, Bernice no estaba preparada para una pelea. Marjorie, con absoluta frialdad y concisión, sólo dijo tres frases.

—Ya puedes quitarte a Warren de la cabeza —dijo fríamente.

—¿Qué? —Berenice estaba completamente estupefacta.

— Ya está bien de que hagas el ridículo con Warren McIntyre. No le importas un pimiento.

Durante un momento de tensión se miraron: Marjorie, desdeñosa y distante; Berenice, estupefacta, entre la irritación y el miedo. Entonces dos coches se detuvieron frente a la casa con gran estruendo de bocinas. Las dos se sobresaltaron, dieron la vuelta y salieron de prisa, juntas.

Mientras jugaba al bridge, Berenice luchó en vano por dominar una creciente inquietud. Había ofendido a Marjorie, la esfinge de las esfinges. Con las intenciones más honestas e inocentes del mundo, había robado algo que pertenecía a Marjorie. Se sintió repentina y horriblemente culpable. Después de la partida, cuando charlaban entre [68] amigos y todos participaban en la conversación, la tormenta se fue acercando poco a poco. El pequeño Otis Ormonde la precipitó sin darse cuenta.

—¿Cuándo vuelves al jardín de la infancia, Otis? —le había preguntado alguien.

—¿Yo? El día que Berenice se corte el pelo.

—Entonces ya has terminado los estudios —dijo Marjorie rápidamente—. Sólo era un farol de los suyos. Creía que te habías dado cuenta.

—¿Es verdad? —preguntó Otis, dedicándole a Berenice una mirada llena de reproches.

A Berenice le ardían las orejas mientras buscaba una respuesta eficaz. Pero aquel ataque directo había paralizado su imaginación.

—Los faroles abundan en el mundo contnuó Marjorie, disfrutando como nunca—. Creía que ya tenías edad para saberlo, Otis.

—Bueno—dijo Otis—, quizá sea así, pero, ¡caramba!, con lo divertida que es Berenice...

"Really?" yawned Marjorie. "What's her latest bon mot?"

—¿Seguro? —bostezó Marjorie—. ¿Cuál es su último chiste?

No one seemed to know. In fact, Bernice, having trifled with her muse's beau, had said nothing memorable of late.

Nadie parecía saberlo. Y, en realidad, entretenida con el pretendiente de su musa, últimamente no había dicho nada memorable.

"Was that really all a line?" asked Roberta curiously.

—¿De verdad era todo una broma? —pregunto Roberta con curiosidad.

Bernice hesitated. She felt that wit in some form was demanded of her, but under her cousin's suddenly frigid eyes she was completely incapacitated.

10 Berenice titubeó. Sabía que todos esperaban un golpe de ingenio, pero, bajo la mirada repentinamente fría de su prima, se sentía absolutamente incapaz.

"I don't know," she stalled.

15 —No lo sé —evitó contestar directamente.

"Splush!" said Marjorie. "Admit it!"

—¡Pamplinas! —dijo Marjorie—. ¡Confiesa!

Bernice saw that Warren's eyes had left a ukulele he had been tinkering with and were fixed on her questioningly.

Berenice se dio cuenta de que Warren había dejado de prestar atención al ukelele con el que había estado jugando y la miraba interrogativamente.

"Oh, I don't know!" she repeated steadily. Her cheeks were glowing.

25 —¡No lo sé! —repitió. Tenía las mejillas encendidas.

"Splush!" remarked Marjorie again.

—¡Pamplinas! —subrayó Marjorie.

"Come through, Bernice," urged Otis. "Tell her where to get off."

30 —Vamos, Berenice —la animó Otis—. Cállale la boca.

Bernice looked round again—she seemed unable to get away from Warren's eyes.

Berenice volvió a mirar alrededor: parecía incapaz de evitar la mirada de Warren.

"I like bobbed hair," she said hurriedly, as if he had asked her a question, "and I intend to bob mine."

—Me gusta el pelo cortado como un chico —se apresuró a decir, como si le hubieran hecho una pregunta— y así me lo pienso cortar.

"When?" demanded Marjorie.

—¿Cuándo? —preguntó Marjorie.

"Any time."

40 —Cualquier día.

"No time like the present," suggested Roberta.

—Hoy es el mejor día —sugirió Roberta.

Otis jumped to his feet.

45 Otis pegó un brinco. ‘

"Good stuff!" he cried. "We'll have a summer bobbing party. Sevier Hotel barber-shop, I think you said."

—¡Estupendo! —exclamó—. Vamos a organizar la fiesta del corte de pelo. En la barbería del Hotel Sevier, creo que dijiste.

In an instant all were on their feet. Bernice's heart throbbed violently.

50 [69] Todos se habían puesto de pie. El corazón de Berenice latía con violencia.

"What?" she gasped.

—¿Qué? —balbuceó.

Out of the group came Marjorie's voice, very clear and contemptuous.

55 Del grupo salió la voz de Marjorie, muy clara y despectiva.

"Don't worry—she'll back out!"

—No os preocupéis: ya se está echando atrás.

"Come on, Bernice!" cried Otis, starting toward the door.

—¡Adelante, Berenice! —exclamó Otis, dirigiéndose hacia la puerta.

Four eyes—Warren's and Marjorie's—stared at her, challenged her, defied her. For another second she wavered wildly.

5

Cuatro ojos —los de Warren y los de Marjorie— la miraban fijamente, la juzgaban, la desafiaban. Titubeó, espantada, un segundo más.

"All right," she said swiftly "I don't care if I do." 10

—Venga —erijo de pronto—, me importa un bledo.

An eternity of minutes later, riding downtown through the late afternoon beside Warren, the others following in Roberta's car close behind, Bernice had all the sensations of Marie Antoinette bound for the guillotine in a tumbrel. Vaguely she wondered why she did not cry out that it was all a mistake. It was all she could do to keep from clutching her hair with both hands to protect it from the suddenly 20 hostile world. Yet she did neither. Even the thought of her mother was no deterrent now. This was the test supreme of her sportsmanship; her right to walk unchallenged in the starry heaven of popular girls.

Al anoecer, una eternidad de minutos más tarde, camino del centro en el coche de Warren, al que seguía el coche de Roberta con todo el grupo, Berenice experimentó las mismas sensaciones que María Antonieta cuando la llevaban en un carro a la guillotina. Se preguntaba confusamente por qué no gritaba que todo era una equivocación. Apenas si era capaz de dominarse: le costaba no llevarse las manos al pelo para defenderlo de aquel mundo repentinamente hostil. No lo hizo. Ni siquiera el recuerdo de su madre podía ya detenerla. Ésta era la prueba suprema de su deportividad: así conquistaba su derecho indiscutible a pisar el paraíso estrellado de las chicas admiradas 25 por todos.

Warren was moodily silent, and when they came to the hotel he drew up at the curb and nodded to Bernice to precede him out. Roberta's car emptied a laughing crowd into the shop, which 30 presented two bold plate-glass windows to the street.

Warren callaba, de mal humor, y, cuando llegaron al hotel, frenó junto el bordillo y con un gesto de la cabeza invitó a Berenice a que lo precediera. El coche de Roberta descargó una multitud carcajeante en la barbería, que tenía dos espléndidos escaparates.

Bernice stood on the curb and looked at the sign, Sevier Barber-Shop. It was a guillotine 35 indeed, and the hangman was the first barber, who, attired in a white coat and smoking a cigarette, leaned non-chalantly against the first chair. He must have heard of her; he must have been waiting all week, smoking eternal cigarettes beside that 40 portentous, too-often-mentioned first chair. Would they blind-fold her? No, but they would tie a white cloth round her neck lest any of her blood—nonsense—hair—should get on her clothes.

Berenice, parada en el bordillo, miraba el rótulo de la Barbería Sevier. Sí, era la guillotina, y el verdugo era el dueño de la barbería, que, con bata blanca y fumando un cigarrillo, se apoyaba indolentemente en el primer sillón. Debía de haber oído hablar de Berenice; debía de llevar esperándola toda la semana, fumando eternos cigarrillos junto a aquel portentoso, demasiadas veces nombrado, sillón. ¿Le vendería los ojos? No, pero le pondría una toalla blanca alrededor del cuello para que la sangre —qué tonterías, el pelo— no le cayera en el vestido.

45

"All right, Bernice," said Warren quickly.

—Ánimo, Berenice —dijo Warren.

With her chin in the air she crossed the sidewalk, pushed open the swinging screen-door, and giving not a glance to the uproarious, riotous 50 row that occupied the waiting bench, went up to the fat barber.

Alzando el mentón, atravesó la acera, empujó la puerta batiente y, sin mirar a la turba bulliciosa, escandalosa, que ocupaba el banco de espera, se acercó al barbero.

"I want you to bob my hair."

—Quiero cortarme el pelo como un chico.

The first barber's mouth slid somewhat open. His cigarette dropped to the floor.

55

Al barbero se le abrió poco a poco la boca. El cigarrillo se le cayó al suelo.

"Huh?"

—¿Eh?

"My hair—bob it!"

—¡Que me corte el pelo como un chico!

Refusing further preliminaries, Bernice took her seat on high. A man in the chair next to her turned on his side and gave her a glance, half lather, half amazement. One barber started and spoiled little Willy Schuneman's monthly haircut. Mr. O'Reilly in the last chair grunted and swore musically in ancient Gaelic as a razor bit into his cheek. Two bootblacks became wide-eyed and rushed for her feet. No, Bernice didn't care for a shine.

Harta de preámbulos, Berenice se subió al sillón. Un tipo que ocupaba el sillón de al lado se volvió hacia ella y le echó un vistazo, entre [70] la espuma y el estupor. Un barbero se estremeció y arruinó el corte de pelo mensual del pequeño Willy Schuneman. El señor O'Reilly, en el último sillón, gruñó y maldijo musicalmente en antiguo gaélico, mientras la navaja se hundía en su mejilla. Dos limpiabotas abrieron los ojos de par en par y se lanzaron hacia los zapatos de Berenice. No, Berenice no quería que se los limpiaran.

Outside a passer-by stopped and stared; a couple joined him; half a dozen small boys' nose sprang into life, flattened against the glass; and snatches of conversation borne on the summer breeze drifted in through the screen-door.

15

En la calle un transeúnte se detuvo a mirar, asombrado; una pareja lo imitó; media docena de narices de chico se pegaron de pronto al cristal; fragmentos de conversación llegaban a la barbería arrastrados por la brisa veraniega.

20

"Lookada long hair on a kid!"

—¡Mirad, un chico con el pelo largo!

"Where'd yuh get 'at stuff? 'At's a bearded lady he just finished shavin'."

—¿Qué es esa cosa? Acaban de afeitar a una mujer barbuda.

25

But Bernice saw nothing, heard nothing. Her only living sense told her that this man in the white coat had removed one tortoise-shell comb and then another; that his fingers were fumbling clumsily with unfamiliar hairpins; that this hair, this wonderful hair of hers, was going—she would never again feel its long voluptuous pull as it hung in a dark-brown glory down her back. For a second she was near breaking down, and then the picture before her swam mechanically into her vision—Marjorie's mouth curling in a faint ironic smile as if to say:

Pero Berenice no veía nada, no oía nada. El único sentido que todavía le funcionaba le decía que el hombre de la bata blanca había cogido un peine de carey y luego otro; que sus dedos enredaban torpemente entre horquillas poco familiares; que estaba a punto de perder aquel pelo, aquel pelo maravilloso: no volvería a sentir el peso voluptuoso y largo cuando le caía por la espalda en un resplandor castaño oscuro. Estuvo a punto de rendirse, pero inmediata y mecánicamente la imagen que tenía ante sí volvió a aclararse: la boca de Marjorie curvándose en una leve sonrisa irónica, como si dijera:

"Give up and get down! You tried to buck me and I called your bluff. You see you haven't got a prayer."

—¡Ríndete y baja del sillón! Has querido jugármela y yo he descubierto tu engaño. Ya ves que no tienes nada que hacer.

And some last energy rose up in Bernice, for she clinched her hands under the white cloth, and there was a curious narrowing of her eyes that Marjorie remarked on to some one long afterward.

Y una última reserva de energía brotó en Berenice, que apretó los puños bajo la toalla blanca mientras sus ojos se entrecerraban de una manera rara, de la que Marjorie hablaría mucho tiempo.

Twenty minutes later the barber swung her round to face the mirror, and she flinched at the full extent of the damage that had been wrought. Her hair was not curls and now it lay in lank lifeless blocks on both sides of her suddenly pale face. It was ugly as sin—she had known it would be ugly as sin. Her face's chief charm had been a Madonna-like simplicity. Now that was gone and she was—well frightfully mediocre—not stagy; only

Veinte minutos después, el barbero giró el sillón hacia el espejo, y Berenice se estremeció al ver el desastre en toda su amplitud. Su pelo ya no era rizado: ahora caía en bloques lacios y sin vida a ambos lados de la cara, pálida de repente. Era una cara fea como el pecado. Ya lo sabía ella: que iba a estar fea, más fea que el pecado. El mayor atractivo de aquella cara había sido una sencillez de Virgen María. Ahora que la sencillez había desaparecido, Berenice era... Bueno... Terriblemente mediocre. Ni siquiera teatral, sólo ridícula: como un

ridiculous, like a Greenwich Villager who had left her spectacles at home.

As she climbed down from the chair she tried to smile—failed miserably. She saw two of the girls exchange glances; noticed Marjorie's mouth curved in attenuated mockery—and that Warren's eyes were suddenly very cold.

"You see,"—her words fell into an awkward pause—"I've done it."

"Yes, you've—done it," admitted Warren.

"Do you like it?"

There was a half-hearted "Sure" from two or three voices, another awkward pause, and then Marjorie turned swiftly and with serpentlike intensity to Warren.

"Would you mind running me down to the cleaners?" she asked. "I've simply got to get a dress there before supper. Roberta's driving right home and she can take the others."

Warren stared abstractedly at some infinite speck out the window. Then for an instant his eyes rested coldly on Bernice before they turned to Marjorie.

"Be glad to," he said slowly.

intelectual del Greenwich Village que se hubiese olvidado las gafas en casa.

Cuando se bajaba del sillón intentó sonreír, y fracasó miserablemente. Vio cómo dos de las chicas intercambiaban miradas; notó que los labios de Marjorie se curvaban en un gesto de burla reprimida, que los ojos de Warren de repente eran muy fríos.

—Ya lo veis —sus palabras cayeron en un silencio incómodo—, lo he hecho.

—Sí, lo has... hecho —admitió Warren.

—¿No os gusta?

[71] Hubo dos o tres voces que de mala gana soltaron un «claro que sí», y otro silencio incómodo, y entonces Marjorie se volvió hacia Warren, rápida y tensa como una serpiente.

—¿Me acompañas a la tintorería? —preguntó—. No tengo más remedio que recoger un vestido antes de la cena. Roberta, que vuelve a casa, puede llevar a los otros.

Warren miró absortó un punto en el infinito a través del escaparate. Luego, apenas un instante, sus ojos se detuvieron fríamente en Bernice antes de volverse hacia Marjorie.

—Encantado —dijo lentamente.

35

VI

Bernice did not fully realize the outrageous trap that had been set for her until she met her aunt's amazed glance just before dinner.

"Why Bernice!"

"I've bobbed it, Aunt Josephine."

"Why, child!"

"Do you like it?"

"Why Bernice!"

"I suppose I've shocked you."

"No, but what'll Mrs. Deyo think tomorrow night? Bernice, you should have waited until after

[72]

VI

40

Bernice no se dio cuenta de la perversidad de la trampa que le habían tendido hasta que no vio la mirada estupefacta de su tía antes de la cena.

45

—¿Bernice! ¡Por Dios!

—Me he pelado como un chico, tía Josephine.

—Pero, hija mía...

50

—¿No te gusta?

—¡Por Dios, Bernice!

55

—Creo que te he impresionado.

—No. Pero qué va a pensar mañana por la noche la señora Deyo? Bernice, deberías haber esperado hasta des-

the Deyo's dance—you should have waited if you wanted to do that.”

“It was sudden, Aunt Josephine. Anyway, why does it matter to Mrs. Deyo particularly?”

“Why child,” cried Mrs. Harvey, “in her paper on ‘The Foibles of the Younger Generation’ that she read at the last meeting of the Thursday Club she devoted fifteen minutes to bobbed hair. It’s her pet abomination. And the dance is for you and Marjorie!”

“I’m sorry.”

“Oh, Bernice, what’ll your mother say? She’ll think I let you do it.”

“I’m sorry.”

Dinner was an agony. She had made a hasty attempt with a curling-iron, and burned her finger and much hair. She could see that her aunt was both worried and grieved, and her uncle kept saying, “Well, I’ll be darned!” over and over in a hurt and faintly hostile tone. And Marjorie sat very quietly, intrenched behind a faint smile, a faintly mocking smile.

Somehow she got through the evening. Three boy’s called; Marjorie disappeared with one of them, and Bernice made a listless unsuccessful attempt to entertain the two others—sighed thankfully as she climbed the stairs to her room at half past ten. What a day!

When she had undressed for the night the door opened and Marjorie came in.

“Bernice,” she said “I’m awfully sorry about the Deyo dance. I’ll give you my word of honor I’d forgotten all about it.”

“‘Sall right,” said Bernice shortly. Standing before the mirror she passed her comb slowly through her short hair.

“I’ll take you down-town to-morrow,” continued Marjorie, “and the hairdresser’ll fix it so you’ll look slick. I didn’t imagine you’d go through with it. I’m really mighty sorry.”

“Oh, ‘sall right!”

“Still it’s your last night, so I suppose it won’t matter much.”

Then Bernice winced as Marjorie tossed her

pués de la fiesta de los Deyo. Deberías haber esperado, si querías hacer una cosa así.

—Se me ocurrió de pronto, tía Josephine. Y, además, por qué iba a importarle especialmente a la señora Deyo?

—Por qué, hija mía? —exclamó la señora Harvey—. En la charla sobre *Las debilidades de la nueva generación* que dio en la última reunión del Club de los Martes le dedicó quince minutos a las chicas que se cortan el pelo como un chico. Son su abominación preferida. ¡Y el baile es en tu honor y en honor de Marjorie!

—Lo siento.

—Ay, Bernice, ¿qué dirá tu madre? Pensaré que yo te he dado permiso.

—Lo siento.

La cena fue una tomara. Había hecho un desesperado intento con las tenacillas de rizar, y se había quemado los dedos y un buen puñado de pelo. Se daba cuenta de que su tía estaba preocupada y apenada a la vez, y de que su tío no dejaba de repetir « ¡Condenación! » una vez y otra vez, en un tono ofendido y levemente hostil. Y Marjorie, muy tranquila, se atrincheraba tras una vaga sonrisa, una sonrisa vagamente burlona.

Pero la cena acabó. Tres chicos se presentaron; Marjorie desapareció con uno de ellos, y Bernice, después de intentar sin gana ni éxito entretener a los otros dos, suspiró de alivio cuando a las diez y media subió las escaleras, hacia su dormitorio. ¡Vaya día!

Cuando ya se había desnudado para acostarse, la puerta se abrió y entró Marjorie.

[73] —Bernice —dijo—, siento mucho lo de la fiesta de los Deyo. Te prometo que se me había olvidado por completo.

—No importa —fue lo único que respondió Bernice. De pie ante el espejo, se pasaba lentamente el peine por el pelo corto.

—Mañana te acompaño al centro —continuó Marjorie—, y en la peluquería te lo arreglarán. No creía que llegaras hasta el final. Lo siento muchísimo, de verdad.

—¡No importa!

—Bueno, será tu última noche aquí, así que no creo que importe mucho.

Entonces Bernice hizo una mueca de dolor,

own hair over her shoulders and began to twist it slowly into two long blond braids until in her cream-colored negligée she looked like a delicate painting of some Saxon princess. Fascinated, Bernice watched the braids grow. Heavy and luxurious they were moving under the supple fingers like restive snakes—and to Bernice remained this relic and the curling-iron and a to-morrow full of eyes. She could see G. Reece Stoddard, who liked her, assuming his Harvard manner and telling his dinner partner that Bernice shouldn't have been allowed to go to the movies so much; she could see Draycott Deyo exchanging glances with his mother and then being conscientiously charitable to her. But then perhaps by to-morrow Mrs. Deyo would have heard the news; would send round an icy little note requesting that she fail to appear—and behind her back they would all laugh and know that Marjorie had made a fool of her; that her chance at beauty had been sacrificed to the jealous whim of a selfish girl. She sat down suddenly before the mirror, biting the inside of her cheek.

"I like it," she said with an effort. "I think it'll be becoming."

Marjorie smiled.

"It looks all right. For heaven's sake, don't let it worry you!"

"I won't."

"Good night Bernice."

But as the door closed something snapped within Bernice. She sprang dynamically to her feet, clinching her hands, then swiftly and noiseless crossed over to her bed and from underneath it dragged out her suitcase. Into it she tossed toilet articles and a change of clothing. Then she turned to her trunk and quickly dumped in two drawerfulls of lingerie and stammer dresses. She moved quietly, but deadly efficiency, and in three-quarters of an hour her trunk was locked and strapped and she was fully dressed in a becoming new travelling suit that Marjorie had helped her pick out.

Sitting down at her desk she wrote a short note to Mrs. Harvey, in which she briery outlined her reasons for going. She sealed it, addressed it, and laid it on her pillow. She glanced at her watch. The train left at one, and she knew that if she walked down to the Marborough Hotel two blocks away she could easily get a taxicab.

porque Marjorie balanceaba los cabellos sobre sus hombros y los anudaba muy despacio en dos largas trenzas rubias, hasta que, vestida con una combinación color crema, le recordó el retrato delicado de una princesa sajona. Fascinada, Berenice observaba cómo crecían las trenzas. Eran pesadas, opulentas, y se movían entre los ágiles dedos como serpientes, y a Berenice apenas le quedaban unas reliquias, y las tenacillas de rizar, y todas las miradas que la acecharían en el futuro. Ya se imaginaba cómo G. Reece Stoddard, a quien le gustaba, le decía con modales de Harvard a su vecina de mesa que a Berenice no le deberían haber permitido ver tantas películas; se imaginaba a Draycott Deyo intercambiando miradas con su madre y mostrándose luego concienzudamente caritativo con ella. Pero quizá para mañana las noticias ya habrían llegado a la señora Deyo, que mandaría una fría notita rogándole que no se presentara en la fiesta. Y todos se reirían a sus espaldas y sabrían que Marjorie le había tomado el pelo; que sus posibilidades de ser una belleza habían sido sacrificadas al capricho celoso de una chica egoísta. Se sentó ante el espejo, mordiéndose el interior de las mejillas.

25

—Me gusta el pelo así —dijo con esfuerzo—. Creo que me sienta bien.

Marjorie sonrió.

30

—Está muy bien. Por Dios, no te preocupes más.

—No me preocupo.

35

—Buenas noches, Berenice.

Pero, mientras la puerta se cerraba, algo estalló dentro de Berenice. Se puso en pie de un salto, retorciéndose las manos, y, rápida y silenciosa, fue y sacó de debajo de la cama la maleta. Guardó algunos artículos de tocador y una muda. Luego vació en el baúl dos cajones de ropa interior y vestidos de verano. Se movía sin prisa, pero con absoluta eficacia, y, tres cuartos de hora después, el baúl tenía la llave echada y la correa atada, y Berenice vestía el traje de viaje que Marjorie le había ayudado a elegir.

50

Sentada al escritorio, escribió una nota para la señora Harvey en la que brevemente le explicaba los motivos de su partida. Cerró el [74] sobre, escribió el nombre de la destinataria y lo dejó sobre la almohada. Miró el reloj. El tren salía a la una, y sabía que, andando hasta el Hotel Marborough, a dos manzanas de distancia, encontraría fácilmente un taxi.

Suddenly she drew in her breath sharply and an expression flashed into her eyes that a practiced character reader might have connected vaguely with the set look she had worn in the barber's chair—somehow a development of it. It was quite a new look for Bernice—and it carried consequences.

She went stealthily to the bureau, picked up an article that lay there, and turning out all the lights stood quietly until her eyes became accustomed to the darkness. Softly she pushed open the door to Marjorie's room. She heard the quiet, even breathing of an untroubled conscience asleep.

She was by the bedside now, very deliberate and calm. She acted swiftly. Bending over she found one of the braids of Marjorie's hair, followed it up with her hand to the point nearest the head, and then holding it a little slack so that the sleeper would feel no pull, she reached down with the shears and severed it. With the pigtail in her hand she held her breath. Marjorie had muttered something in her sleep. Bernice deftly amputated the other braid, paused for an instant, and then flitted swiftly and silently back to her own room.

Down-stairs she opened the big front door, closed it carefully behind her, and feeling oddly happy and exuberant stepped off the porch into the moonlight, swinging her heavy grip like a shopping-bag. After a minute's brisk walk she discovered that her left hand still held the two blond braids. She laughed unexpectedly—had to shut her mouth hard to keep from emitting an absolute peal. She was passing Warren's house now, and on the impulse she set down her baggage, and swinging the braids like piece of rope flung them at the wooden porch, where they landed with a slight thud. She laughed again, no longer restraining herself.

"Huh," she giggled wildly. "Scalp the selfish thing!"

Then picking up her staircase she set off at a half-run down the moonlit street.

De pronto, aspiró con fuerza una bocanada de aire y le relampagueó en los ojos una expresión que un experto en temperamentos habría relacionado vagamente con el gesto de obstinación inflexible que había mostrado en el sillón del barbero: quizá era una fase más desarrollada de aquel gesto. Berenice nunca había mirado así, y aquella mirada había de traer consecuencias.

Se acercó sigilosamente al escritorio, cogió algo que había allí, y, apagando todas las luces, permaneció inmóvil hasta que los ojos se acostumbraron a la oscuridad. Abrió con suavidad la puerta del dormitorio de Marjorie. Oía la respiración tranquila y regular de quien duerme con la conciencia tranquila.

Ya estaba junto a la cabecera de la cama, muy decidida, tranquila. Actuó con rapidez. Inclinandose, tocó una de las trenzas de Marjorie, la siguió con la mano hasta llegar a la cabeza y luego, despacio, para que la durmiente no sintiera el tirón, preparó las tijeras y cortó. Con la trenza en la mano, contuvo la respiración. Marjorie había murmurado algo en sueños. Berenice amputó hábilmente la otra trenza, esperó un instante y volvió, rápida y silenciosa, a su dormitorio.

Una vez abajo, abrió la gran puerta principal, la cerró con cuidado a sus espaldas y, sintiéndose extrañamente feliz y eufórica, salió del portal, a la luz de la luna, balanceando la pesada maleta como si fuera la bolsa de la compra. Cuando llevaba andando un minuto, se dio cuenta de que todavía llevaba en la mano izquierda las dos trenzas rubias. Se echó a reír inesperadamente. Hubo de cerrar bien la boca para aguantar un escandaloso ataque de risa. En aquel momento pasaba por la casa de Warren, e impulsivamente dejó el equipaje en el suelo y, balanceando las trenzas como trozos de cuerda, las lanzó hacia el porche de madera, donde aterrizaron con un leve ruido sordo. Volvió a reírse, sin aguantarse más.

45

—¡Hau! —rió frenéticamente—. Yo arrancar cuero cabelludo a esa cosa egoísta.

Luego cogió la maleta y bajó casi corriendo la calle iluminada por la luna.

55

27